

# DOCUMENTOS

CERES N° 13

## Evaristo Sourdis: Abanderado de la integración costeña

ADELAIDA SOURDIS NÁJERA

Centro de Estudios Regionales - Ceres  
Dirección de Investigaciones y Proyectos



**Evaristo Sourdis:  
Abanderado de la integración costeña**

**Adelaida Sourdis Nájera**

**CERES  
Universidad del Norte  
Barranquilla**

La serie *Documentos* del Centro de Estudios Regionales —CERES— de la Universidad del Norte, publica investigaciones y ensayos sobre temas y problemas de la Costa Atlántica colombiana. Las opiniones expresadas son responsabilidad exclusiva de los autores.

*Directora de la serie Documentos*  
María Mercedes de la Espriella

*Coordinador del CERES*  
José Luis Ramos Ruiz

Realización de Ediciones Uninorte

*Editor*  
Alfredo Marcos

*Coordinación*  
Zoila Sotomayor O.

*Diseño de textos*  
Luz Miriam Giraldo Mejía

© Universidad del Norte, 1996

ISSN 0121-2346

Universidad del Norte  
Dirección de Investigaciones y Proyectos  
Centro de Estudios Regionales, CERES  
Apartado Aéreo 1569  
Barranquilla, Colombia

Impreso y hecho en Colombia  
por Artes Gráficas Industriales  
Barranquilla  
*Printed and made in Colombia*

# Contenido

Presentación .....	5
Introducción .....	7
<b>EVARISTO SOURDIS: ABANDERADO DE LA INTEGRACIÓN COSTEÑA</b>	
Perfil humano .....	9
Pasos iniciales .....	12
Destinos más altos .....	13
En el gobierno militar .....	15
Regreso a la política: contralor por decreto .....	16
Candidato presidencial .....	17
El movimiento costeño .....	20
Convenciones y sorpresas .....	22
Elecciones: 19 de abril .....	28
Integración costeña .....	30
Balance de una gestión .....	32
Bibliografía .....	33
<b>EL HOMBRE COLOMBIANO Y SU ENMANCIPACIÓN EN UNA NACIÓN DE REGIONES CON UN IDEAL COMÚN</b>	
(Discurso de Evaristo Sourdis en el homenaje del 11 de julio de 1969 en Barranquilla) .....	35

# Presentación

*Aún recuerdo aquel rancio ventorrillo  
donde te conocí, vencido y fuerte*

Luis C. López

Un estudioso norteamericano\* de la Universidad de Illinois, en su definición de *región*, dice que ésta genera una serie de lealtades por parte de sus habitantes, y reconoce, a renglón seguido, que la lealtad a la región, sin embargo, está subordinada (teóricamente, al menos) a la lealtad a la unidad mayor, por ejemplo, el Estado nacional. De esta manera, define el *regionalismo* como un comportamiento político caracterizado, de un lado, por la aceptación de la existencia de una unidad política mayor, pero, por otro lado, por la búsqueda de favoritismo y autonomía en las decisiones de la unidad mayor en las políticas económicas y sociales, aun corriendo el riesgo de poner en jaque la legitimidad del régimen político imperante.

En su calidad de región, el Caribe colombiano ha protagonizado destacados papeles en la historia de Colombia. Un camino recorrido con pena y con gloria que, en la segunda mitad del siglo XX, tras aparente letargo, se ve trasegado por infatigables y bizarros héroes que trabajaron con valor por conseguir los ideales que nos aseguren un lugar digno en la vida y en la historia.

Esta entrega de la serie *Documentos* nos trae la apasionante historia de un político que abanderó el movimiento regionalista costeño. Las aventuras y desventuras de Evaristo Sourdís, con su lanzamiento a la presidencia de Colombia, son contadas por su hija Adelaida, quien, además de ser historiadora, participó con dinamismo en las actividades de su padre como hombre público. Su narración, clara y directa, transporta al lector por un mundo apasionante donde no faltan ni anécdotas, ni episodios amargos.

Este trabajo está complementado, además, con el texto de un discurso que el eminente político sabanalarguero pronunció en las postrimerías de su vida. Brillan-

\*Joseph Love, *Una aproximación al regionalismo* (Introducción, entrevista y traducción de Adolfo Meisel Roca), Serie Monografía Ceres, N° 5, Barranquilla, Ediciones Uninorte, 1993.

te humanista, Sourdis plasma en esa alocución una inteligente concepción del hombre costeño, como ser colombiano y universal, y sintetiza su pensamiento político, en el contexto de las aspiraciones e ideales de la Costa Atlántica.

La experiencia vivida por un hombre de la —definida por geógrafos— ardiente y malsana llanura Caribe en un país preponderantemente andinizador, es un testimonio que sugiere al costeño profundas meditaciones, y lo convida a continuar en la lucha por conquistar la autonomía, el desarrollo, y su felicidad.

**Alfredo Marcos**

---

ADELAIDA SOURDIS NÁJERA nació en Barranquilla. Abogada e historiadora de la Universidad Javeriana de Bogotá, es autora de diferentes trabajos, entre ellos, *Hacia una política de regionalización* (1979), *Cartagena de Indias durante la primera república: 1810-1815* (1988), *Reflexiones sobre la educación y la cultura en la Costa Atlántica*, *El Consulado de comercio de Cartagena de Indias* (1990), *Mentalidades de la época colonial*, en *Huellas*, Revista de la Universidad del Norte, N° 30, y *Ruptura del estado colonial y tránsito hacia la república: 1800-1850*, en *Historia económica y social del Caribe colombiano*, Ediciones Uninorte - Ecoe Ediciones, 1994.

---

## Introducción

Cuando se me pidió que escribiera sobre Evaristo Sourdis, acepté el encargo con alegría. A él me unió un profundo amor de hija y una sincera amistad que se fortaleció a través de intensos vínculos de estudio y trabajo.

He querido ser imparcial y crítica para llegar a la verdad histórica. No sé hasta que punto lo he logrado. No he confiado sólo en mi memoria y mis recuerdos; he tomado como fuente principal de este ensayo un voluminoso archivo periodístico sobre Evaristo Sourdis, que tengo la fortuna de poseer gracias a la invaluable labor de Judit Aguirre, fiel colaboradora de mi padre. Abarca el período comprendido entre 1947 y 1972, y lo integran recortes de prensa de Colombia, Venezuela y Perú. Entre ellos, *La Prensa*, *Diario del Caribe*, *El Herald* y *El Nacional*, de Barranquilla; *El Siglo*, *El Tiempo*, *El Espectador*, *La República*, *El Vespertino* y *El Espacio*, de Bogotá; *Occidente* y *Diario del Pacífico*, de Cali; *El Colombiano*, de Medellín, y otros de circulación más restringida.

A partir de ellos he ordenado acontecimientos, y he logrado exponer los más relevantes de una vida política dinámica y fructífera, que transcurre durante cuarenta años de historia nacional. Alguna bibliografía histórica me ha permitido reconstruir la época y los momentos políticos vividos por Sourdis.

No pretendo decir la última palabra sobre esos años y su acontecer, ni tampoco creo que mi interpretación sea la única. Ni siquiera pienso que la memoria de Evaristo Sourdis me es propia. Sólo aspiro a devolver un recuerdo que pertenece al patrimonio cultural de la Costa, y, en especial, de Barranquilla, para que otros, si así lo quieren, reconstruyan su historia. Si he caído en afirmaciones o interpretaciones subjetivas, pido benevolencia a mis lectores. Ello se debe a mi filial unión con el personaje, cuyo espíritu me acompaña siempre. **Adelaida Sourdis**

# Evaristo Sourdis: abanderado de la integración costeña

## PERFIL HUMANO

Evaristo Sourdis nació el 27 de marzo de 1905 en Sabanalarga, Atlántico. Por entonces, Rafael Reyes iniciaba la reconstrucción del país, destruido por la más desastrosa confrontación civil que lo asoló durante tres años; la nación sufría su más dolorosa amputación territorial: el departamento costeño de Panamá; y, por otra parte, se creaba el departamento del Atlántico, jalonado por el vertiginoso surgimiento de Barranquilla, que marcó la trayectoria del siglo XX.

Fue un político y un pensador humanista cuya vida, como la del nuevo territorio administrativo, se caracterizaba por su profunda convicción colombianista y su indeclinable vocación descentralista en beneficio de la provincia. Sería el primer atlanticense y el segundo costeño\*, en este siglo, en plantear al país la aspiración del litoral para dirigir los destinos nacionales, mediante su postulación a la presidencia de la república, objetivo que si bien no alcanzó, sí logró, según sus palabras, «sembrar una semilla» de fe e integración, cuyos frutos se empiezan a recoger.

Le tocó vivir una etapa de la historia en la cual el país, amparado por la constitución de 1886, se construía como nación después del federalismo disolvente del siglo XIX y de la guerra de los Mil días. Durante la presente centuria Colombia se fortaleció como unidad, no obstante haber perdido influencia las regiones en beneficio de la capital, cada día más centralista y acaparadora. La Costa Atlántica se vio especialmente afectada por este fenómeno, pues no sólo el poder político sino también el económico se desplazaron al centro. La economía cafetera orientó el desarrollo en función de las zonas productoras del grano, y, a partir de la década de los 50, la implantación de la política de industrialización mediante la sustitución de importaciones, condujo a un crecimiento hacia adentro con base en el llamado «triángulo de oro»: Bogotá, Medellín y Cali, que absorbía el mayor volumen de

---

\* El primero fue Joaquín F. Vélez, en 1904.

inversión pública y privada; concentraba el crédito y los recursos del Estado, y determinaba, casi que con exclusividad, los rumbos políticos, económicos y sociales por los que transitaría el país.

Luchó incansablemente por abrir espacio político para la región en el marco de la unidad nacional. Figura prominente entre las jerarquías del partido conservador, de cuyas directivas formó parte en muchas oportunidades, ocupó importantes posiciones nacionales e internacionales sin declinar nunca en su vocación regional. Su gestión abarcaba el ámbito nacional, pero siempre se consideró vocero de la Costa. De la provincia acudían a él políticos, empresarios y gentes de todas las clases para pedirle que velara por sus intereses. Sentía un gran compromiso con los estudiantes, y para ayudarlos no escatimaba esfuerzos ni influencias. En el desempeño de sus cargos públicos, siempre empleó a jóvenes a quienes daba la oportunidad de estudiar unas horas durante su día laboral.

Lo caracterizaron la modestia, la inteligencia, la ecuanimidad y la alegría. Sus pasiones: la música clásica, el cine, en especial el italiano (Federico Fellini y Sofía Loren, sus favoritos), la lectura: leía sobre cualquier tema, siempre y cuando el texto estuviera bien escrito y le atrajera. «No hay tiempo en la vida para leer lo que a uno no le gusta, o lo que está mal escrito», solía decir, y hacía cuentas sobre cuántos libros más podría leerse. Compraba todos los que podía, aunque algunos volúmenes quedaron intactos en los anaqueles después de una rápida hojeada. Leía varios temas a la vez, y los Evangelios casi a diario; los mantenía en su mesa de noche. Sus comentarios iban desde Jesús o san Pablo hasta cualquier autor. Don Quijote y Sancho, con sus ocurrencias, le alegraban los ratos de soledad.

Amante del campo por naturaleza, añoraba las llanuras costeñas y el cielo azul. Se sentía deprimido ante el panorama andino, aprisionado por las montañas y el cielo gris. Era buen jinete, conocedor de la ganadería y diestro al enlazar, como cualquier vaquero.

Repartía su tiempo entre Bogotá, Barranquilla y su finca «Río Dulce». Le bastaban pocas horas de sueño para descansar, alternando su hamaca con la cama. Los dos o tres tabacos que disfrutaba al día eran generosos obsequios de sus amigos.

En momentos culminantes de su carrera política dijo sobre sí mismo:

—Soy un hombre sencillo, sin nada extraordinario. Un colombiano que aspira a la presidencia de Colombia, como podría aspirar cualquiera de ustedes.

—Soy el candidato mayoritario del partido conservador y de vastos sectores del partido liberal que me están acompañando. También soy el candidato de la provincia. Mi candidatura surgió espontáneamente y en ella nadie podrá encontrar huellas impositivas de composiciones políticas.

—Ofrezco mi vida política de 35 años con recta experiencia, sin que nadie me haya podido hacer un cargo contra la honestidad. Estos son mis títulos, pero también hay otros.

—Soy un hombre que sabe escuchar, o procuro escuchar. A veces tengo la impresión de que los colombianos no hemos aprendido a oír... También, es bueno decirlo, soy un hombre ajeno a todo dogmatismo. Considero el dogmatismo una postura poco inteligente y acaso peligrosa.

—Mi teoría del Estado es muy fácil: yo no soy comunista, tampoco soy socialista, no creo en el socialismo de Estado, no soy social-demócrata. Soy católico y soy demócrata, tal cual es definida la democracia en nuestro sistema jurídico, porque pienso que en la forma en que está reglamentada la democracia representativa en Colombia, si se practicara con honestidad, con deseo de comprender a los colombianos y de ayudarlos, nosotros podemos hacer la felicidad de todos los compatriotas.

Perteneció a una familia conservadora tradicional asentada en Sabanalarga desde el siglo XIX: Rafael Núñez había sido acudiente de su padre en Cartagena. Siempre fue un excelente estudiante, cursó la primaria en su pueblo natal y el bachillerato en Barranquilla, adonde su padre, don Aristides Sourdis, debió trasladarse por razones de trabajo. Era el mayor de sus seis hermanos, tres hombres: él, David y Eduardo, y tres mujeres: Mercedes, Berta y Ana Cristina. Su madre, Raquel Juliao Tatis, de ascendencia judía española, mujer menuda y bondadosa, influyó decididamente en su manera de ser. De ella heredó su espontánea solidaridad y cierta emotividad temperamental, que podía sumirlo en profundo ensimismamiento; del padre, su gran sentido de lealtad, la pasión por la lectura y un férreo sentido del deber.

Con una carta de presentación de su tío el general Efraín Juliao, militar liberal de la guerra de los Mil días, en 1924, llegó a Bogotá en busca de monseñor Carrasquilla, rector del Colegio del Rosario. El prelado lo recibió con displicencia, seguramente por la recomendación liberal, y le negó el cupo. Se sintió abandonado en la fría ciudad andina. Aunque llegó cuando las clases habían comenzado, pues

el buque se había varado en el Magdalena, su propósito era estudiar por encima de todo, porque el esfuerzo económico que hacía la familia para educarlo era grande y los recursos pocos. Decidió presentarse, entonces, a la Universidad Libre ante el general Benjamín Herrera, no sin antes advertirle sobre sus convicciones políticas. Fue el primer conservador en esa universidad. Allí permaneció durante un año; luego, se matriculó en el Externado de Colombia, donde culminó sus estudios de Derecho con una tesis sobre la «Teoría Domiciliaria Internacional Privada». Se graduó en 1929.

De vuelta a la Costa, contrajo matrimonio con Adelaida Nájera, también sabanalarguera, de ascendencia española tradicional, procedente de Mompo y Cartagena. De esta unión nacieron tres hijos, Adelaida, María Teresa y Evaristo. Fijó su residencia en Barranquilla, donde incursionó desde joven en la política.

## PASOS INICIALES

En 1931 comenzó la carrera que lo llevaría a ocupar destacadas posiciones durante su vida. Concejal, diputado, representante, senador, constituyente, ministro, dos veces canciller de la república, jefe de misión ante el papa y ante las Naciones Unidas, y contralor general de la república. Empezó como diputado en la asamblea del Atlántico, elegido en franca disidencia contra el jefe tradicional de entonces, el general Eparquio González. Su oratoria clara y directa marcó un nuevo estilo ante las tácticas acartonadas y el lenguaje rebuscado de los políticos de la época. Luego, fue concejal de Barranquilla; en 1933 ocupó la secretaría de gobierno departamental, y, posteriormente, fue representante a la cámara, primero como suplente de don Abel Carbonell, su mentor político, y en 1939 a título de principal. Más tarde entró al senado. Matizó la actividad política con el ejercicio de la abogacía, dentro de la cual se labró un prestigio como estudioso y dinámico litigante. Por esa época llegaron exilados a Barranquilla algunos venezolanos a quienes asesoró y ayudó con tesón: Felipe Aristiguieta, Rómulo Betancourt y Raúl Leoni. Estos dos últimos serían luego presidentes de su país. Con todos ellos mantendría una amistad perdurable que facilitó sus gestiones diplomáticas.

Las actividades agrícola y ganadera fueron también suyas. Se inició en una finca que había heredado su esposa en el municipio de Manatí, y se convirtió en un buen conocedor de ganados, labor que no le era extraña pues sus abuelos habían sido hombres del campo. Más tarde adquirió «Río Dulce», la tierra que se convertiría en su querencia, refugio y centro de muchas reuniones políticas. Cultivó caña de azúcar y montó un trapiche, en su momento uno de los más modernos de la región.

Allí vivió las alegrías y las angustias del campesino que otea el horizonte tratando de predecir la lluvia o la sequía. La región era semiselvática, y «Río Dulce» se constituyó en centro de recursos varios: permanentemente, en una nevera de gas, había suero antiofidico al servicio de cualquiera que lo solicitara, y Eduardo Sourdis, su hermano médico, atendía gratuitamente durante sábados o domingos. Se vacunó a gran parte de la población y se inició una lucha frontal contra el paludismo.

Se emplearon auxilios parlamentarios para construir más de una escuela o iglesia en las poblaciones vecinas, y con recursos ministeriales se pagaron los planos arquitectónicos y se inició la construcción de la catedral de Barranquilla.

## DESTINOS MÁS ALTOS

En 1946 fue elegido nuevamente senador, pero no asistió al congreso para dedicarse a sus asuntos personales, muy necesitados de su cuidado. Sin embargo, su trayectoria, ya cimentada, como jefe del conservatismo del Atlántico, lo condujo de nuevo a los asuntos públicos, esta vez hacia mayores responsabilidades. En 1947 fue nombrado embajador alterno ante las Naciones Unidas en la delegación presidida por Alfonso López Pumarejo. Nació entonces una entrañable amistad con el expresidente liberal cuyos consejos y observaciones recordaría siempre; mantenían largas conversaciones telefónicas, que significaban posponer cualquier otro programa.

Tal y como se lo vaticinó López, al poco tiempo fue nombrado ministro del trabajo por el presidente Mariano Ospina. Se encargó de la cartera el 27 de marzo de 1949, día de su cumpleaños. Poco después tuvo lugar el asesinato de Gaitán. Enterado por su conductor del insuceso, rápidamente se dirigió al palacio presidencial. Atravesó a pie la plaza de Bolívar en medio de la balacera, y sostenía que no lo habían matado pues aún no lo conocían en Bogotá. Acompañó al presidente durante los trágicos momentos, mientras que en su casa sólo se supo de él días después. Años más tarde, examinando el revólver que le diera doña Berta de Ospina para defenderse, confesaría que hubo un momento en el que se preparó para morir.

El ministerio a su cargo no era fácil. Apenas comenzaba a afianzarse la conciencia social sobre deberes y derechos de obreros y patronos. Bajo su dirección se desarrolló la política laboral del gobierno que se concretó en la expedición del primer código orgánico sobre la materia. Impulsó la institucionalización del

derecho de huelga, el fuero sindical, la participación de los trabajadores en las utilidades de las empresas, y el Seguro Social. Inauguró la primera cátedra de derecho laboral en la Universidad Javeriana, a la cual asistían alumnos y profesores. Era muy puntual, y en caso de retraso llamaba de larga distancia para excusarse, en épocas en las cuales lograr la comunicación tenía aún mucho de azar.

En el gobierno de Mariano Ospina Pérez se convirtió, poco a poco en «el hombre orquesta», por lo que se mantuvo por mucho tiempo alejado de su familia. Como encargado, desempeñó las carteras de gobierno, justicia, higiene y guerra, así se llamaban entonces esos ministerios, y en propiedad, las de trabajo y relaciones exteriores. En una oportunidad tuvo a su cargo, simultáneamente, los despachos de gobierno, relaciones y justicia. La confianza que le manifestaba el presidente parecía ilimitada.

Cuando llegó al ministerio de relaciones exteriores en 1949, la encopetada sociedad bogotana se hizo cruces ante «un costeño en relaciones». Aprendieron a aceptarlo no sólo por sus ejecutorias en asuntos internacionales, sino por su trato sencillo y directo, y su impecable vestir, muy a propósito para un ministro de esta cartera. Volvió a desempeñar este ministerio durante el gobierno de Rojas Pinilla, y, por unos meses, en la administración de Laureano Gómez. Fue embajador ante las Naciones Unidas durante el gobierno de Urdaneta Arbeláez, y como tal ocupó el puesto de Colombia en el consejo de seguridad. Sentía una gran admiración por Nueva York, y siempre se lamentó de no hablar inglés y de tener que usar traductores. Comprendía al país y tenía la idea muy clara de que era un todo integrado en el concurso de las naciones. El pensamiento de Bolívar era su orientación básica.

Estando de embajador en la Onu, se desató el profundo enfrentamiento entre Laureano Gómez y Mariano Ospina que dividiría al partido conservador durante muchos años. Ospinista de primera línea, renunció al cargo y regresó al país a ponerse al lado del expresidente antioqueño. Los departamentos del interior estaban sumidos en la más extrema violencia partidista que casi acaba con el país anegándolo en sangre. Como buen costeño era un hombre pacífico y nada sectario, los liberales eran sus amigos. Acompañó a Ospina en todo momento. Reuniones, manifestaciones y giras políticas, no exentas de peligro por la guerra civil no declarada que se libraba, copaban sus días. Con sus antiguos compañeros de gabinete, trabajaba por la reelección del expresidente que se manejaba desde el recién fundado periódico «La República». Combinaba la política con el ejercicio profesional, que compartía con su gran amigo José Gabriel de la Vega, y aún

disponía de tiempo para la atención de su finca.

## EN EL GOBIERNO MILITAR

En 1953, se desplazó a Barranquilla. Pocas semanas después de su llegada, el 13 de junio, tuvo lugar el golpe de Estado por parte del general Rojas Pinilla a Laureano Gómez, el cual apoyaron liberales y conservadores. Por la radio se enteró de que había sido nombrado ministro de relaciones exteriores. Lo había impuesto Ospina como su hombre de confianza. Se esperaba que el gobierno militar sería algo transitorio, y que el general convocaría pronto a elecciones, con buenas posibilidades de que llegara al poder el expresidente antioqueño.

Sus ejecutorias en el gobierno fueron brillantes. Como canciller asistió a múltiples certámenes y conferencias internacionales. En nombre del país gestionó, entre otros asuntos, la creación del Estado de Israel, la entrada de España a la Organización de las Naciones Unidas, la defensa del derecho de autodeterminación de los pueblos y la reafirmación de la política de no intervención, ante el imperialismo rampante de los países poderosos. Siempre buscaba salvar las relaciones con los países en conflicto, pues solía decir: «Si nos va mal con relaciones, peor nos va sin ellas». La gestión internacional por la que más se le recuerda fue la consagración en América Latina del derecho de asilo político, a raíz del sonado caso del líder peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, quien duró asilado en la embajada de Colombia durante varios años. El asunto estaba empantanado en la Corte Internacional de La Haya; Colombia logró trasladarlo a la Conferencia Panamericana de Caracas en 1954, y allí Sourdis lo defendió con éxito y lo ganó para el país. Por ese motivo, en Medellín se le organizó un homenaje nacional.

Pese a la múltiple actividad internacional, no se apartaba de sus orígenes. Los problemas del puerto de Barranquilla fueron su constante preocupación: en más de una oportunidad intervino ante sus colegas de obras públicas y hacienda para conseguir recursos, y alguna vez ante el gobierno de Venezuela para que facilitara una draga. Agricultores y ganaderos tenían en él un vocero permanente, y sufría en carne propia sus problemas.

Con la preeminencia que cobró el ejército, se convirtió en el puente entre civiles y militares, y a medida que la posición castrense se endurecía su gestión mediadora se hizo indispensable. Quiso renunciar cuando vio que los militares dilataban la solución civil al gobierno, pero el expresidente Ospina lo presionaba a quedarse

como último canal de comunicación, en una situación que se deterioraba rápidamente. Se quedó, sacrificando prestigio y tranquilidad personal, buscando manio-brar la situación hacia las instituciones tradicionales. En 1956, cuando se hizo patente el deseo de Rojas de hacerse reelegir por la asamblea nacional constituyente, dejó el gobierno, y al día siguiente ocupó su sitio en dicha corporación, a la cual había sido elegido por el Atlántico, para votar en contra del proyecto del general-presidente. En ese momento se le consideró un valiente y se aplaudió su dignidad. Vinieron la persecución política y el hostigamiento. Se refugió en «Río Dulce», que fue objeto de incendiarias manos criminales que produjeron cuantiosas pérdidas.

La posterior caída de Rojas lo envolvió en su fracaso: nadie se acordó de los servicios prestados y del deber cumplido en nombre de la convivencia. Los inventores del Frente Nacional, en especial Alberto Lleras, lo persiguieron con saña. Permaneció en su finca, con grandes dificultades, pues las puertas se le cerraban y no había crédito ni oportunidades profesionales para un exministro del régimen militar. Sourdis, no se dio por vencido, y siempre conservó por el general amistad y aprecio. Sostenía que era un hombre bueno y valiente, y que lo habían perdido los ambiciosos áulicos que lo rodearon.

## REGRESO A LA POLÍTICA: CONTRALOR POR DECRETO

Empezó de nuevo el trabajo político «a la intemperie», como decía, pues los gobiernos le eran adversos y a sus amigos se les perseguía. En 1958 se lanzó al senado, y fue derrotado. En 1962 intentó de nuevo, y obtuvo el triunfo. El año siguiente, en vista de que las cámaras no se ponían de acuerdo para elegir contralor general de la república, el presidente Carlos Lleras lo nombró por decreto. Asumió el cargo el 1° de agosto de 1967. El primer mandatario decidió llenar el vacío con una persona del partido contrario que ofreciera, tanto a la administración como al socio de gobierno, la garantía de ejercer un control fiscal objetivo e imparcial.

Impresionado por el incontrolado poder del contralor, especialmente en cuanto a nombramiento de empleados, cuyo número dependía exclusivamente de su criterio, comentaba: «Esto hay que modificarlo, pues es un Estado dentro del Estado». Su permanencia en ese despacho le permitió conocer a fondo el gobierno de «transformación nacional», como llamó Lleras su administración, y los importantes esfuerzos por lograr sus objetivos. Consideraba que el presidente hacía una buena administración y así lo comentaba abiertamente. Colaboró con el gobierno y en sus informes, puntuales y precisos, criticaba la excesiva concentración del poder y el centralismo autoritario, ejercido sobre todo a través de los institutos

descentralizados —cuyo nombre consideraba un sarcasmo— que tenían presupuestos que igualaban al de la nación, y en los cuales la burocracia, los personalismos y la tramitología asfixiaban a los municipios.

Mientras tanto, el Frente Nacional tocaba a su fin y se acercaba el último período presidencial. Aunque constitucionalmente los gobiernos hegemónicos quedaban prohibidos una vez terminara la etapa frentenacionalista, la realidad era que ambos partidos se aprestaban a buscar el predominio en el poder. Lleras Restrepo, último mandatario liberal del Frente Nacional, fue siempre un aguerrido conductor político que intervino desde muy joven en la dirección y orientación de su partido. Los conservadores amigos del Frente Nacional buscaban que el último presidente que le correspondía saliera de entre sus dirigentes, situación que no inspiraba confianza a sus contrarios, quienes preferían a alguien no muy caracterizado dentro del partido azul. Por otro lado, fuerzas conservadoras y liberales favorecían una alternativa independiente de las directivas de los partidos con la candidatura de Belisario Betancur. Completaban el cuadro político los opositores al sistema encabezados por el general Gustavo Rojas Pinilla, quien aglutinaba gran cantidad de seguidores, pertenecientes a las clases populares.

En estas circunstancias, Sourdis salió de la contraloría para entrar al Directorio Nacional Conservador, cuya presidencia asumió. Se dedicó especialmente a dirigir el equipo de hombres que junto con la Dirección Nacional Liberal debía elaborar los programas base del último gobierno del Frente Nacional y propiciar la unión del partido conservador. En los documentos programáticos que se concretaron en el Pacto de la Casa de la Moneda, suscrito por los dirigentes de ambos partidos, se tradujeron sus ideas sobre descentralización del poder y de los recursos, desequilibrio regional y desarrollo de las provincias abandonadas.

Trabajó incansablemente por la unión de su partido, y ésta se logró no sólo porque se estaba ante una presidencia conservadora y había voluntad de hacerla, sino también porque sus buenos oficios y su actitud nada dogmática lo facilitaron. Por otra parte, mucho se debió a que fuera otro costeño, Raimundo Emiliani Román, quien presidiera el grupo laureanista, orientado por Alvaro Gómez después de la muerte de su padre.

## CANDIDATO PRESIDENCIAL

Planteado el asunto de la candidatura conservadora, y sin considerar aún seriamente su propia postulación, Sourdis, desde el directorio decidió indagar la

opinión del expresidente Ospina, que para él estaba por encima de consideraciones personales. Además, sabía que ningún conservador podía llegar a la presidencia sin su respaldo y pensaba que el propio Ospina albergaba aspiraciones personales. En reiteradas oportunidades el expresidente le manifestó su absoluta neutralidad y su propósito de acoger al candidato que eligiera la convención conservadora. No obstante, conociendo la determinación pública de doña Berta, esposa del ex-mandatario, de apoyar al doctor Misael Pastrana, le insistió sobre el punto:

—Hágame un guiño doctor Ospina, que yo sabré entenderlo, y si el candidato es Pastrana, me convertiré en el primer violín de esa candidatura.

El antioqueño reafirmó privada y públicamente su neutralidad, y lo animó junto con otros amigos a presentar su nombre ante la máxima jerarquía del partido. Alimentó las aspiraciones de todos ocultando sus preferencias. José Elías del Hierro, Hernán Jaramillo Ocampo, Cástor Jaramillo Arrubla, Misael Pastrana, todos se aprestaron al juego democrático de las candidaturas para lograr la máxima consagración en la convención conservadora. Parecía que Ospina, al igual que Alejandro Magno, se negaba a escoger sucesor para que en franca lid triunfara el mejor.

Más tarde, diría Del Hierro: «Es oportuno rectificar la especie pregonada por la prensa liberal y por algunos diarios conservadores de que quienes nos presentamos ante la opinión pública y conseguimos el respaldo de numerosos delegados ante la convención nacional, no tuvimos otro propósito que atacar el nombre de Misael Pastrana. Varias veces hemos dicho que al tomar la decisión lo hicimos con la venia del doctor Mariano Ospina Pérez.»

La candidatura de Sourdis representó dentro del conservatismo frentenacionalista a la corriente mayoritaria que quería a un político experimentado en la presidencia, y que al final se rebeló contra la imposición que ejerció Mariano Ospina Pérez en favor de Misael Pastrana. Fue duramente combatida por el expresidente y por el gobierno pues, como diría un agudo periodista, «los tiempos aquellos del Frente Nacional, no lo olvidemos, son monárquicos. Los grandes jefes mandan de verdad. Los barones carecen de autonomía. Obedecen. Acatan. Tiemblan ante el presidente-rey, y los rebeldes... deben contentarse con el polvo y la sed del desierto.»

En el panorama regional surgió espontáneamente como la concreción de un fenómeno social, largamente gestado, que se tradujo en un hecho político. La Costa se sentía marginada. Existía una necesidad inaplazable de participación, de ser

tenida en cuenta para salir de su atraso. Necesidad que al no ser satisfecha por los cauces normales, estaba produciendo una frustración peligrosa a la cual no se le daba importancia en los medios capitalinos. Sourdis y quienes acudieron a su llamado captaron el inconsciente colectivo y respondieron a él. Se presentaba para la Costa una oportunidad histórica especial: el próximo presidente debía ser conservador y el candidato costeño era uno de los hombres más importantes de la política del momento, presidente del directorio nacional conservador, que había logrado la unión de su partido, firmante de los programas de la Casa de la Moneda y dueño de vasta experiencia.

Desde la última presidencia de Rafael Núñez en 1892, en la región no se habían hecho intentos serios por llevar a uno de sus hombres a la primera magistratura. Alrededor del nombre de Sourdis se generó un propósito que comprometió a las dos terceras partes de la clase política de ambos partidos, a los más importantes industriales y empresarios, que no eran muchos en la costa, y a numerosos representantes de las masas populares y grupos estudiantiles.

Para muchos encarnó la esperanza. La gente creyó en él y en su capacidad para dirigir el país. Esta actitud era evidente en los rostros y expresiones de multitudes, que pacientemente lo esperaban en todas partes, sin importarles el sol o las distancias. Parecía un hacedor de milagros, le acercaban a los niños para que los tocara, y le pedían recuerdos personales. No obstante, se amedrentaron ante la maquinaria estatal que se organizó en su contra, y muchos prefirieron votar por Rojas, a cuya frontal oposición al sistema le vieron más posibilidades de triunfo.

La campaña anticosteña llegó al extremo de negarle al movimiento que lo respaldaba toda categoría nacional, como si no contaran las gentes de Nariño, el Valle, los Santanderes y hasta el mismo Bogotá que lo acompañaban. La gran prensa y los comentaristas capitalinos lo llamaban «regionalista» como si fuera algo indeseable y buscaban restarle validez nacional a sus planteamientos sobre descentralización. Eran los tiempos del centralismo a ultranza. Al respecto diría en alguna oportunidad:

*Deliberadamente se ha querido desdibujar la imagen que yo pretendo darle al país, diciendo que se trata de una candidatura regional. Esto no es exacto: lo cierto es que es una candidatura descentralista, y cuando hago esta afirmación, estoy afirmando sin dogmatismo una política válida en cualquier parte de Colombia, lo mismo en Antioquia que en Nariño, lo mismo en los Santanderes que en Boyacá. No es posible que todas las grandes decisiones del Estado se sigan tomando por unos mismos y en un mismo sitio. Lo que yo pretendo al*

*hablar de descentralismo es darle un acto de soberanía al hombre colombiano, para que se libere un poco del poder opresor de la vida central. En este sentido mi candidatura es descentralista.*

*También se me hace el cargo, si es que este puede ser un cargo, que ésta es una candidatura costeña, creyendo que de esta manera se me infiere si no una injuria por lo menos un acto poco cortés. Están equivocados. Yo sé que soy costeño, tengo el honor de ser costeño y no me arrepiento de serlo. No merecería el voto de mis conciudadanos si me diera vergüenza la comarca en que nací.*

*Lo importante es que hoy las diferencias sociales, todos lo sabemos, no se miden por el origen de las familias; se miden por esa trágica línea divisoria que existe entre los que tuvieron la suerte de acceder a los medios de la cultura y volverse hombres conspicuos, y aquella inmensa masa de colombianos que no tuvo la suerte de educarse. Por eso la educación es uno de los grandes problemas colombianos. Esto es lo que frecuentemente olvidan quienes creyendo que me ofenden me recuerdan mi origen. Sí, señores, pueden seguir recordándolo, yo los invito a que lo recuerden, soy costeño, con orgullo lo digo, y también con la certeza absoluta de que todo colombiano de buena voluntad comprende mi posición, y la respeta, porque amo a Colombia por encima de todo, amo a Colombia tal cual es Colombia.*

## EL MOVIMIENTO COSTEÑO

La candidatura de Sourdis nació oficialmente en Barranquilla. En julio de 1968 se le ofreció un nutrido homenaje en el Hotel del Prado, con asistencia de gentes de todo el país. Representantes de los siete departamentos del litoral y de la intendencia de San Andrés, lo postularon a la presidencia. Su discurso fue una estudiada y cuidadosa síntesis de su filosofía. Se centró en el momento político que vivía el país, en el hombre colombiano, en su concepción sobre la democracia inspirada en la doctrina social católica y en su pensamiento sobre la Costa Atlántica.

Su opinión sobre el hombre se sintetiza así:

*¿Podremos decir que tenemos una imagen real y auténtica del hombre colombiano?  
¿Conocemos verdaderamente a ese hombre, nuestro prójimo y compatriota, justamente cuando otros hombres se disponen a sentar su planta en la desconocida superficie de la Luna?*

*La inspiración y el objetivo de un programa de gobierno, así como el motivo justificador de nuestros estudios e investigaciones, tiene que ser por fuerza el hombre colombiano. El propósito fundamental de una política bien ordenada debe ser propiciar los cambios*

*necesarios para hacer tránsito al desarrollo, comenzando por modificar las actitudes o ideas dictadas por la ignorancia, el oscurantismo o las condiciones adversas al progreso, y la labor fundamental al respecto, debe consistir en motivar al hombre para que se desempeñe con las posibilidades de su propio esfuerzo, para situarlo en las evidencias del siglo veinte y dotarlo de elementos de lucha, en un medio cada vez más exigente. Este cambio no es sólo conveniente; es indispensable si no queremos ver a estos países convertidos en perennes e indigentes súbditos de las naciones ricas.*

*El hombre colombiano no puede seguir siendo víctima de su confusión, de su negligencia y de su imprecisión en ideas, sentimientos y programas. Es urgente que cese su conformismo con la fatalidad y se dé cuenta que el destino no es un acaso, sino una meta de voluntades y una gran convocatoria de propósitos de superación.*

[...]

*El hombre, en el concepto moderno de las ciencias que se ocupan de su estudio, sin dejar de ser un sujeto de derechos, es también, y de manera apremiante, un ser de necesidades fundamentales: pan, techo, escuela, vestido, empleo, seguridad contra la vejez y otras muchas, que consagradas en textos de legislación positiva deben ser materialmente satisfechas.*

Sobre la Costa, afirmaba:

*Por estar en la Costa Atlántica, entre colombianos de todas las regiones, me siento en una circunstancia nacional.*

*Sin asumir funciones de sociólogo y desechando la tentación de las estadísticas, quiero aludir a dos hechos sobremedida significativos: la vocación nacional de la Costa y su temperamento republicano. Seguramente los concurrentes asociarán a lo primero la imagen egregia de Rafael Núñez, artífice de la unidad nacional y exponente de cuanto siente y piensa de Colombia esta tierra que lo vio nacer. Se refiere lo segundo al carácter ejemplar de los costeños en punto de convivencia, pues antes de que el Frente Nacional se estableciera, ya existía aquí, casi que de modo temperamental. Es por esto que al hablar de las regiones que nuestro mar océano ha signado con un destino común, lo hago con alegría. En una zona como esta, en donde la paz no es un fenómeno, ni una circunstancia episódica sino un modo de ser esencial y más que todo una arraigada costumbre, el sistema constitucional que convoca a la armonía de los colombianos no representa novedad para nosotros: apenas si equivale a sentir lo sentido y realizar lo realizado.*

*Queremos integrar a la Costa Atlántica, de la misma manera que pueden y deben integrarse las otras regiones del país que están ligadas por elementos comunes que lo justifiquen, y al hablar de la integración de la Costa en modo alguno nos anima un sentimiento autárquico ni un espíritu de regionalismo equívoco. Sólo tratamos de cumplir con un deber para con nuestras gentes con miras a fortalecer los elementos geográficos, socio-culturales, económicos y políticos que nos son afines, y a través de ellos iniciar la defensa ordenada y firme de sus intereses y de las obras que la Costa está reclamando. Seremos un episodio de la voluntad creadora del país, que empezará por resolver los problemas de infraestructura que con más apremio nos están agobiando.*

*No quiere esto decir que tratemos de establecer una zona de la patria ajena a la entrañable unidad que nos liga y nos ligará siempre a la historia de Colombia. La Costa Atlántica es representativa de una nación integrada por regiones y aspiraciones seccionales que confluyen en un ideal común.*

*Sea este extraordinario homenaje la feliz oportunidad para decir con tranquila firmeza fraternal que la Costa Atlántica, como cualquier otra comarca de la patria, tiene la responsabilidad y el deber de intervenir en los destinos de Colombia.*

## CONVENCIONES Y SORPRESAS

Cuando tomó la determinación de presentar su nombre a la convención que se reuniría el 5 de noviembre, comenzó una intensa actividad. Su capacidad de trabajo se multiplicó y entraron en juego todos los recursos del político experimentado que analiza, mide, calcula y, en últimas, se juega la carta que apuesta al triunfo.

La campaña política tuvo dos centros de acción: Barranquilla, desde donde se manejó la actividad propagandística y financiera, y Bogotá, desde donde se dirigió la acción política. Por iniciativa de Luis Crump y Pedro Castillo dos distinguidos empresarios de ambos partidos, se alquiló la suite 1502 del Hotel Dann en la capital como sede inicial del movimiento. Quienes tomaron la iniciativa de candidatizarlo, muchos de ellos alejados del mundo de la política, buscaban a un político joven para gerenciar la campaña. La elección era difícil y Sourdis consultó personalmente a Roberto Gerlein, quien aceptó de inmediato. Este se iniciaba con paso firme en las lides de la política y pertenecía a la facción laureanista del partido. Era una manera de empezar la unión por casa y de rodearse de todos los jefes conservadores. Con Gerlein, llegaron a Bogotá José Guerra, su suplente a la cámara, Carlos Lafaurie, Chepe de la Espriella y Alfredo Uribe Carbonell, jóvenes deseosos de colaborar. Posteriormente se vincularon Rosalba de Estrada, eficiente secretaria de Sourdis,

César Insignares y Jaime Mastrodoménico, dos estudiantes que se presentaron espontáneamente y cuya labor llegó a ser indispensable. En Barranquilla, Ramón Emiliani recaudaba fondos. Quien esto escribe actuaba, con Gerlein, como coordinadora del debate.

El primer objetivo fue conseguir votos para la convención mediante una campaña personalizada con todos aquellos que tenían las calidades para ser convencionistas. El pequeño equipo, «*staff milagro*», como lo denominó la prensa capitalina, llevó a cabo una labor sorprendente. El primer triunfo se obtuvo en la elección de los convencionistas universitarios. La predilección de Sourdis por la juventud surtió efecto: de los 23 convencionistas universitarios elegidos en Bogotá, 17 fueron sourdistas. Por otro lado, políticos avezados como Hugo Escobar, Clemente Salazar, Raimundo Emiliani y Armando Zabaraín se encargaban de la labor proselitista entre el bloque costeño.

A medida que pasaba el tiempo las fuerzas políticas se reagrupaban. Días antes de la convención Hernán Jaramillo, José Elías del Hierro y Cástor Jaramillo Arrubla resignaron sus aspiraciones en favor de Sourdis. La prensa liberal los bautizó despectivamente como «el sindicato». A la máxima asamblea llegaron dos candidatos, Evaristo Sourdis y Misael Pastrana. El certamen fue memorable; se hizo patente el conflicto en el seno del Frente Nacional; la atomización de los partidos políticos y la pérdida de influencia de los jefes tradicionales.

En medio de gran expectativa nacional, Sourdis ganó la primera votación de la convención contra lo pronosticado por los medios capitalinos. La asamblea se suspendió hasta el día siguiente, pues la noche se acercaba y sucedió entonces lo inesperado, para Sourdis, por lo menos, que nunca dudó de la palabra del expresidente Ospina; éste hizo a un lado su publicitada neutralidad, y personalmente desde su casa empezó a reclutar votos en favor de Pastrana. Llamadas al orden a sus seguidores, renunciaciones solicitadas a la carrera a funcionarios públicos para que dejaran sus puestos y se hicieran presentes en el evento y por último una jugada magistral: como presidente de la convención exigió votación pública en la segunda ronda. Como él era el primero en votar, pues Antioquia lideraba en orden alfabético, esperaba que con el peso de su prestigio la convención siguiera su ejemplo. Los delegados sourdistas protestaron ante la presión y el expresidente Urdaneta Arbeláez lo recriminó duramente, pero nada hubo que hacer. Entre gritos y silbidos impuso su criterio. Se empleó a fondo y con emoción en favor de su candidato. Es probable que pensara que el favorito de los dos Lleras, grandes electores del liberalismo, era Pastrana, exministro de gobierno de Carlos Lleras, y

estaba dispuesto a entenderse con ellos a cualquier precio. Sourdis se sintió traicionado, nunca olvidaría ese momento. Más de 20 años de lealtad y de luchas al lado del expresidente pasaron raudos como una película por su mente. Fue su gran equivocación política: en esa oportunidad no supo medir a Ospina. Acusó el golpe con hidalguía, públicamente votó por él, pero el dolor del engaño lo acompañaría hasta su muerte.

A pesar de las presiones la situación posterior fue distinta. Ospina no pudo manipular la convención y el partido se le salió de las manos. Tres delegados del Atlántico, que seguía a Antioquia, votaron por Pastrana: Próspero Carbonell, José Víctor Dugand y Vladimiro Vélez de la Lastra. Entre los costeños hubo revuelo, Carbonell fue abofeteado y se habló de un nuevo «registro de Padilla». La mayoría se mantuvo firme. La segunda ronda resultó en un empate, 278 votos por cada uno de los postulados.

Con el partido conservador irremisiblemente dividido la convención nombró negociadores a Ospina y a Del Hierro para ponerse de acuerdo sobre candidato. Se planteó la renuncia de los contendores en favor de un tercero, pero Pastrana no aceptó. El expresidente, por su cuenta, puso el asunto en manos de la convención liberal, contra el parecer de Del Hierro, quién insistía en mantener la iniciativa conservadora, como se había acordado en los pactos de la Casa de la Moneda. Los parlamentarios conservadores también pidieron candidato único para preservar la unidad, pero Ospina manifestó que no tenía nada más que decir, y que se entendería solamente con los liberales. Pastrana continuó haciendo campaña, mientras Sourdis perdía un tiempo precioso buscando fórmulas de unión. Cuando vio que todo esfuerzo era inútil decidió seguir adelante y solicitó a la convención liberal que no considerara su nombre, pues, en su opinión, se habían violado los pactos suscritos y se había torcido la voluntad de la máxima asamblea del conservatismo. Las mayorías de la convención nombraron un directorio nacional encabezado por José Elías del Hierro.

Por otro lado, el expresidente Guillermo León Valencia presentaba al liberalismo el nombre de Belisario Betancur. Dicha colectividad estuvo también a punto de fraccionarse por cuenta de las tres postulaciones conservadoras, pero una orden firme de sus directivas salvó la situación. El 5 de diciembre, en una tormentosa reunión de la cual se retiraron belisaristas y sourdistas encabezados por Enrique Pardo Parra y Alfonso Palacio Rudas, la convención liberal escogió a Misael Pastrana.

Las últimas elecciones del Frente Nacional mostraron el profundo resquebrajamiento del sistema, que llegó a los comicios con cuatro candidatos: Pastrana apoyado por los grandes electores liberales y por Ospina; Sourdis, con las mayorías conservadoras y sectores liberales; Betancur, con apoyo de ambas colectividades, y Rojas Pinilla, que congregaba el voto en contra del Frente Nacional.

Para oponerse a los tres últimos, se montó la maquinaria oficial con evidente y escandalosa parcialidad. Gobernadores y alcaldes empezaron a trabajar abiertamente en favor del candidato del gobierno. Fueron protuberantes los casos del Valle del Cauca y del Atlántico. En el primer departamento el recién nombrado gobernador Rodrigo Lloreda puso al servicio de su padre, jefe pastranista aspirante a la senaturía, el aparato oficial en contra de Alvaro H. Caycedo y los demás amigos de Sourdis.

En el Atlántico el nombramiento de Eduardo González Martínez como gobernador pocas semanas antes del debate electoral, causó profundo malestar. Su sectarismo era notorio lo que llevó al jefe liberal Carlos Martín Leyes a formular una firme protesta ante el presidente, a quien el procurador general Mario Aramburo le recriminó la parcialidad del gobierno.

Los más perjudicados con la actitud oficial fueron Belisario Betancur y, sobre todo, Evaristo Sourdis, pues Rojas Pinilla contaba con una organización bien entrenada, que venía trabajando de tiempo atrás, y al no contar con la prensa había sabido tejer una eficiente red de información, que funcionaba por medio de contactos personales y alguno que otro programa radial. Betancur a su vez llevaba muchos meses de proselitismo activo. Sourdis, en cambio, tenía todo por hacer en el corto lapso de tres meses. Su desventaja era evidente, sumada a la escasez de fondos.

La suya fue una campaña pobre, realizada con las uñas, en la que la mística procuraba llenar los vacíos. Mientras en las toldas pastranistas se inventaba la modalidad de la fundación con fines benéficos, que no eran otros que financiar la política, y se hablaba de 50 millones de pesos, los costeños trabajaron a duras penas con cinco, más donaciones en especie. Todo escaseaba y mucho era prestado: sillas, escritorios, máquinas de escribir, vehículos, vapores, lanchas y avionetas. Julio Mario Santo Domingo, acaudalado industrial barranquillero amigo de Sourdis, le ofreció total apoyo financiero, pero él sólo aceptó donaciones en especie: afiches, vallas publicitarias y la adecuación y el combustible del remolcador en el cual surcó el río Magdalena. Era inflexible en cuanto a la procedencia y el equilibrio de los

fondos de la campaña. Decía que la política no podía ponerse en manos de los poderes económicos, por respetables que fueran, porque perdía su libertad. En esto no transigía.

Objetó por inmorales los procedimientos que se venían poniendo en práctica. Protestó con energía contra las actividades de la pretextada fundación, y la parcialidad y exclusivismo con que el Estado ponía los medios de comunicación a favor de un candidato. Afirmaba:

*Existe, y los periódicos han dado cuenta de ella, una Corporación Cívica de Bienestar Social. Es decir una fundación, entendiéndolo por fundación el destino perpetuo que tienen ciertos bienes, valores y actividades. No puedo explicarme el silencio empedernido con que ésta y la gran prensa rodean y cobijan las actividades de esa entidad. Los dineros que ella percibe, si son gastados, como se afirma, en actividades electorales, en realidad quien los está gastando en buena parte es el Estado colombiano, porque éste deja de percibir los impuestos que de esa manera pasan a la corporación mencionada...*

*¿Por qué la renuencia a informar sobre los orígenes de esos dineros? ¿Qué se espera para darles a los colombianos una explicación, para que hablen las personas que tienen la responsabilidad de hablar en este caso y decir cuáles son las sumas que se han recibido y en qué se han invertido?*

*Son cosas que uno no entiende, que desearía fuesen explicadas, que los colombianos mediten mucho en esta inmensa campaña de publicidad, en este gran derroche de dinero, en esta utilización de todos los medios de publicidad, desde la gran prensa hasta los medios del Estado, al servicio de determinada candidatura, cuando los otros candidatos tenemos que resignarnos a pagar modestamente los pocos servicios de que podemos valernos para hacerle propaganda a nuestra candidatura... Se está poniendo al servicio de una candidatura la totalidad de los medios de publicidad de que dispone el Estado. Hay un canal de televisión, y lo digo con todo respeto, que está también al servicio de la candidatura de imposición [se refería al canal que dirigía Consuelo de Montejo, conocido como el Tele-Tigre], lo que no se le permite a los otros canales...*

*Lo que está pasando a Colombia en esta materia es algo que requiere profunda meditación. Es el momento en que todo conspira contra la moral del individuo. Estamos viviendo una época en la que como nunca se han conjugado tantas fuerzas para avasallar la libertad humana. ¿Por qué esa tiranía masiva? ¿Por qué ese ataque moral contra la libertad de los colombianos en favor de una sola candidatura? ¿Por qué no se nos explica el origen de todos los dineros que se vienen gastando? Yo estoy dispuesto a hacerlo por mi parte.*

*En otros países ya se ha presentado ese problema y allá se ha resuelto. Por ejemplo, en Inglaterra los candidatos están en el deber de decir cuánto gastan y cómo lo gastan, y, lo que es más interesante e importante por el grado de perfección democrática que ello envuelve, hay un límite en lo que se debe gastar...*

*Se está recurriendo a campañas realmente vituperables. Yo me atrevo a calificarlas de inmorales...*

Su campaña política fue una maratónica y agotadora jornada contra el tiempo. En algo más de tres meses pretendió hacer lo que otros venían haciendo desde hacía años. Del 5 de enero al 19 de abril, día en que fueron las elecciones, sólo tuvo día y medio de descanso. Reuniones, desayunos, almuerzos, comidas, conferencias, dos charlas televisadas y, sobre todo, viajes por el país, en los más variados medios de transporte, coparon su tiempo. Visitó todas las capitales de los departamentos. Sus giras más intensas fueron en Valle del Cauca, Nariño, Boyacá, los siete departamentos del litoral y el río Magdalena.

El río siempre ejerció sobre él especial atracción. De joven lo remontó muchas veces para trasladarse a la remota Bogotá donde estudiaba y donde como abogado representó los intereses de sus gentes. Era firme convencido de su importancia como articulación vital del país y como medio de transporte. Su abandono y la pobreza de los habitantes ribereños le dolían en el alma. Fue el primer aspirante a la presidencia que lo recorrió en todo su curso navegable, indagando sobre sus necesidades y empapándose de sus problemas. El 6 de enero se embarcó en Honda en el remolcador «La Victoria», especialmente acondicionado para la travesía que lo llevaría hasta Barranquilla. Lo acompañaron José Elías del Hierro, Alfredo Araújo Grau, Raimundo Emiliani, Hugo Escobar, Carlos Martín Leyes, Ramón Emiliani, Roberto Gerlein, Chepe de la Espriella, Rafael Vergara Támara, Francisco Posada de la Peña, Francisco Cartucielo, Alvaro de la Espriella Arango, y otros amigos cuyos nombres se escapan de los documentos. Carlos Caballero Cormane y Paulina de Castro Monsalvo lo recibieron en Pivijay.

En nueve días de navegación recorrió 47 poblaciones y pronunció 52 discursos. Las gentes se volcaban a recibirlo, lo esperaban a todas horas bajo soles inclementes, a veces bajo la lluvia y en muchas oportunidades en las horas de la noche encendiendo fogatas en las laderas para que el remolcador no pasara inadvertido. Se calculó que alrededor de 150.000 personas se movilizaron para verlo. A las preguntas sobre sus deseos la respuesta era casi siempre la misma: «Docto', que se acuerde de nosotros». Lo siguió impresionando, como siempre, la miseria reflejada

en los muchachitos ventrudos por los parásitos y las jovencitas ya desdentadas a los 18 años. «Lo único que piden es esperanza y en Bogotá no entienden que esto es Colombia», repetía con insistencia. El 15 de enero llegó a Barranquilla, donde una multitudinaria manifestación lo esperó con un mar de pañuelos blancos en el paseo Bolívar. De Bogotá llegaron al recibimiento Alvaro Gómez Hurtado, Alvaro H. Caycedo, José Elías del Hierro, Jaime García Parra, Hernán Jaramillo y Alberto Dangond, entre otros.

El recorrido de la Costa continuó por Magdalena, Bolívar, Sucre, Córdoba, Cesar y Guajira, donde culminó el 15 de febrero tras haber visitado más de 60 poblaciones. Fueron jornadas agotadoras. Hubo momentos en que se resentía del maltrato que le producían los múltiples abrazos y palmadas en la espalda. Se temió por su salud, pero se comprobó su condición física excelente.

De la Costa Atlántica voló al sur, a Nariño y a la Costa Pacífica. De allí arrancó otra gira que lo llevaría por el Valle, Boyacá, Antioquia, Caldas, Tolima, San Andrés y Providencia, Cundinamarca y Santander, donde terminaría en Cúcuta el 11 de abril. Y de allí a Bogotá, a los comicios del 19 de ese mes.

## ELECCIONES: 19 DE ABRIL

El día de elecciones se levantó muy temprano. Asistió a misa a la iglesia parroquial, y se puso en manos de Dios, como lo hacía siempre ante los acontecimientos importantes de su vida. Se estaba jugando su última carta con los ojos muy abiertos. Sabía que no sería presidente, pues era consciente de que no estaban dadas las condiciones: la Costa no había respondido a su llamado en la forma esperada; se retiraron personas que él pensó que estarían a su lado; la virulenta oposición del gobierno y de los grandes electores de Bogotá; el poco tiempo de que dispuso para hacer campaña... No obstante, estaba convencido de que su esfuerzo y el de quienes lo acompañaban era la mejor manera de reivindicar a la provincia colombiana y de impulsar el «despegue», como solía decir, de la Costa Atlántica hacia la modernidad.

En un escrito, que aparecería después de la muerte del candidato, Alvaro de la Espriella Arango relató algunas de esas circunstancias:

El ferry hacía su travesía desde Salamina hasta Puerto Giraldo, con un cargamento valioso que se llamaba Evaristo Sourdis. Con él viajaban la comitiva y regresábamos de una agotadora jornada que pasaba de las diez y siete horas... Todo

el mundo dormía... El no estaba descansando. El meditaba... dialogábamos solos los dos. Era un diálogo más de los muchos que tuvimos...

Evaristo Sourdis me miró fijamente y me dijo con severidad no disimulada: — No vayas a repetir jamás lo que voy a decirte, porque puedes comprometer el éxito de la campaña, pero acuérdate de mis palabras de hoy. Yo no seré jamás presidente de Colombia... Así es, querido Alvaro —y agregó—: yo no seré presidente de Colombia, ¿sabes por qué? Por la Costa Atlántica misma. Le falta aún mucha madurez, mucha sensatez, nos han traicionado quienes más debían acompañarnos ahora. Jamás podré reponerme de ese golpe. Y la Costa, al margen de esto, cree todavía en el soborno, en el engaño. —¿Entonces por qué continúa usted en esto, si sabe que no habrá triunfo...? —Porque —respondió—, la Costa necesita despertar y éste es el momento de hacerlo. Hay que motivarla. Hay que prenderle sus motores. La Costa no sabe la importancia que tiene, ni conoce el poder que reserva. Yo no seré presidente, pero dentro de algunos años gracias a este esfuerzo de hoy día, la Costa generará mandatarios.

A la autora de estas líneas le manifestó algo semejante. Sólo aspiraba a obtener el caudal de votos suficientes que le permitieran a la región exigir una participación importante en el poder y en los recursos económicos. Pensaba en 500 ó 600 mil sufragios. Los resultados no fueron los esperados. Según datos oficiales, por él votaron 336.286 personas.

Escuchó las noticias de los comicios en las oficinas de la dirección del periódico «El Siglo», acompañado de su mujer, sus hijos y otros allegados. A medida que transcurría el tiempo y la votación por Rojas Pinilla aumentaba, su rostro cobraba una grave serenidad. A las 10 de la noche pidió a su esposa que llamara a doña Carola de Rojas Pinilla para felicitarla. En ese momento el gobierno ordenó la suspensión de la transmisión radial y no hubo más información. Oscuros presentimientos poblaron el ambiente. De la calle llegaban amigos exaltados hablando de atropellos, y de que se impedía a los representantes sourdistas acercarse a la registraduría.

Al día siguiente los guarismos oficiales favorecieron a Misael Pastrana, con 1.625.025 votos a su favor, contra 1.561.468 por Rojas. La palabra fraude se oía en todas partes y grupos de rojistas enardecidos recorrían la ciudad. Se habló de golpe de Estado. La situación era tensa y peligrosa. A medida que pasaban los días, partidarios afectos le presentaban quejas sobre votos suyos escamoteados o contabilizados en su contra. Hubo casos flagrantes, como el de la mesa de votación del

Sena, en la que él votó acompañado por su esposa, su hija, el presidente del directorio nacional conservador, José Elías del Hierro, el candidato al senado Jaime García Parra y más de 100 personas debidamente carnetizadas, y en la que sólo aparecieron algo más de 50 sufragios. Del resto del país llegaban noticias similares. Fernando Londoño y Londoño acudió a las urnas con su esposa y sus empleados, y sus votos no aparecieron. Hernán Jaramillo no pudo votar porque su cédula no figuraba en el registro. Días después de las elecciones afirmó: «Hoy por hoy, lo que interesa al país, mediante valerosa rectificación de los fraudes electorales que se hayan podido cometer, es que se dé la absoluta certidumbre de que la persona que haya de ejercer el mando disponga de un título absolutamente limpio que le dé un origen legítimo al mandato que se va a ejercer... Nada sería más grave para la paz pública que un mandatario sobre cuyo mandato pueda pesar la sombra de una duda, por leve que ella sea.»

A mí, sobre el particular, me manifestó: «Es como si hubiera pasado por un psicoanálisis. No me siento derrotado. He sembrado una semilla, yo no la veré, pero otros recogerán sus frutos.» ¿Presentía su fin próximo? Es posible. Su amigo muy allegado Germán Angulo relató que pocos meses después de las elecciones, estando en «Río Dulce», se despidió de él, pues sentía su muerte cercana. Así ocurrió. El 22 de septiembre, cinco meses después de haber culminado la dura tarea que se había impuesto, falleció en Barranquilla víctima de un infarto del miocardio. Murió como siempre lo había pedido, «en gracia de Dios, y de repente».

## INTEGRACIÓN COSTEÑA

Treinta y cinco parlamentarios costeños resultaron elegidos por el movimiento que lideró Sourdis. Convocados por Carlos Martín Leyes, Francisco Posada de la Peña y Eduardo Abuchaibe Ochoa, se reunieron en el Hotel del Prado en donde le rindieron un sentido homenaje el 9 de mayo de 1970. Ese día se organizó el Comité Costeño, cuyo propósito sería fortalecer la integración del litoral y las políticas descentralistas predicadas durante la campaña. Por unanimidad, Sourdis fue nombrado presidente de la directiva integrada por Carlos Martín Leyes, del Atlántico, Rafael Vergara Támara, de Bolívar, Hugo Escobar Sierra y Carlos Caballero Cormane, del Magdalena, Eduardo Abuchaibe Ochoa, de la Guajira, Clemente Salazar, del Atlántico, Isafías Carriazo Ealo, de Sucre, y Paulina de Castro Monsalvo, del Cesar. El Comité ratificó las ideas y las actitudes asumidas durante la jornada política a su lado, y declaró:

*Consecuentes con el electorado que nos ungió con sus votos y siguiendo los programas*

*expuestos por el candidato presidencial que tuvo nuestra adhesión, pondremos especial empeño en aquellos propósitos que tengan relación con la integración de los departamentos del litoral Atlántico y en todos los que busquen superar el subdesarrollo del Norte colombiano, que tradicionalmente viene recibiendo una menor atención de la que merece.*

En palabras emocionadas, Sourdis analizó el momento vivido y lo que ello significaba para los siete departamentos y la intendencia:

*Es bueno que Colombia entera sepa que el 19 de abril no terminó una jornada, acaso ese día empieza lo más hermoso de nuestra jornada... Nosotros quisimos que la Costa despegara, y la Costa despegó. No nos equivoquemos. Pudo ser más alto su vuelo, pudo ser de mayor envergadura, pero la Costa despegó, y esto lo debe saber Colombia.*

*Pero ahora nos toca la larguísima empresa de ser merecedores de ese despegue, de conducir ese despegue para que siga adelante. Si la semilla que sembramos en las llanuras costeñas no germinó como otros desearían, no nos equivoquemos, esa semilla no ha muerto, ella germinará y llegará un día en que su fronda no solamente cobijará la Costa, cobijará a toda Colombia. Hace 80 años que no hacíamos ningún esfuerzo, y lo hemos hecho; y yo me siento particularmente honrado de haber sido, en cierto modo, el personero de ustedes para hacer este esfuerzo.*

*Pero quienes metieron al país en este enredo, quienes dijeron embustes en las convenciones, quienes siguen diciendo embustes por la prensa afirmando que aquí no ha pasado nada, asumen la responsabilidad de lo que pasa. Nosotros somos patriotas y supimos mantenerla y decirles no a quienes están acostumbrados a ser seguidos ciegamente siempre. Y los hemos asustado con esa negativa sumada en un fruto tan maravilloso como el que tengo aquí presente: treinta y un senadores y representantes de la más alta calidad intelectual y política de ambos partidos. ¿Qué más se puede pedir con un movimiento que llegó tarde? ¿Con un movimiento que no encontró ni siquiera cortesía en la gran prensa bogotana, con la sola excepción de un gran periódico?*

*[...] No nos precipitemos. No hay afán ninguno. Si esto lo manejamos con cordura. Si a esto le damos la dignidad reposada del hombre que ha cumplido con su deber... Colombia nos viene a buscar porque nuestra vida ha sido una permanente búsqueda de Colombia.*

El presidente Pastrana quiso vincularlo a su gobierno como embajador en Venezuela, y le daba carta blanca para organizar su equipo diplomático. Sourdis

no se decidía; sus amigos le insistieron, pues lo necesitaban en una posición de poder. Falleció la víspera de tomar una determinación. El presidente encabezó su sepelio. Sus últimas palabras fueron para él y el partido conservador. A Roberto Gerlein le encomendó: «Dígale a Pastrana que tiene que hacer la unión.»

## BALANCE DE UNA GESTIÓN

Como resultado de este esfuerzo regional planteado 80 años después de Rafael Núñez el cual, por designios de la fortuna, dirigió Sourdis, la Costa Atlántica obtuvo, por primera vez en el siglo, tres carteras ministeriales en un mismo gabinete: Juan B. Fernández como ministro de minas, Miguel Escobar Méndez, de justicia, y José Ignacio Díaz-Granados, de salud.

Nació el movimiento de integración costeña con espíritu de cooperación y solidaridad. La primera Asamblea de integración de la Costa Atlántica se reunió en Santa Marta el 6 y 7 de noviembre de 1970, y promulgó la Declaración de San Pedro Alejandrino, base programática del movimiento.

Este movimiento se concretó primero en el bloque parlamentario, luego en la reunión de gobernadores, después en el Consejo Regional de Planificación Económica y Social —Corpes—, primer organismo de esta índole que se creó en el país. En la actualidad, en los planteamientos que los constituyentes costeños plasmaron en la constitución de 1991, en materia de autonomía de las regiones, descentralización administrativa, y mayor participación en los recursos del presupuesto nacional para los municipios más pobres.

Gracias a este espíritu, se han generado instituciones y prácticas de integración que no tienen parangón en otras regiones del país. Entre éstas, el fortalecimiento de corporaciones regionales para la prestación de servicios públicos, los comités intergremiales de empresarios, los encuentros regionales de las dirigencias políticas y administrativas, y la elaboración de planes de desarrollo regional, que son definitivos motores del progreso y la cultura.

Cada día la región cobra mayor peso dentro del contexto nacional.

## BIBLIOGRAFÍA

BURGOS PUCHE, Remberto, *Pincelazos*, Gráficas Corza, Montería, 1985.

Varios autores, *Colombia hoy*, 3a. ed., Siglo XXI, Bogotá, 1979.

FORERO BENAVIDES, Abelardo, *Grandes fechas*, Colección Escritores parlamentarios, Cámara de Representantes, Bogotá, 1979.

*Nueva historia de Colombia: Historia política, 1886-1946*, vol. II, *Historia política, 1946-1986*, vol. III, Planeta, Bogotá, 1989.

PECAUT, Daniel, *Crónicas de dos décadas de política colombiana, 1968-1988*, Siglo XXI, Bogotá, 1989.

MENDOZA, Plinio Apuleyo. *Los retos del poder. Carta a los expresidentes colombianos*, Intermedio editores, Santafé de Bogotá, 1991, p. 98.

### Periódicos consultados (1947 - 1972)

*La Prensa, Diario del Caribe, El Heraldo, El Nacional*: Barranquilla.

*El Tiempo, El Espectador, El Vespertino, La República, El Espacio, El Siglo*: Bogotá.

*Occidente, Diario del Pacífico*: Cali.

*El Colombiano*: Medellín.

En especial, ver:

*El Siglo*: noviembre 29 de 1969; marzo 13, abril 12, 24, 30, mayo 9 de 1970.

*Occidente*, abril 12 de 1970.

Arango de la Espriella, Alvaro, «Evaristo», en: *El Conservador* (año 2, octubre y noviembre 1970, N° 308, Barranquilla.)

# El hombre colombiano y su emancipación en una nación de regiones con un ideal común

(DISCURSO DE EVARISTO SOURDIS EN EL HOMENAJE DEL 11 DE JULIO DE 1969

EN BARRANQUILLA)

No podría venir a esta fiesta de la amistad despojado de mis preocupaciones políticas, ni podría cometer el acto de simulación de acudir a manifestar argumentos convencionales, sólo por sortear exitosamente un compromiso oratorio. Estamos convencidos de que el momento es decisivo para conjurar los dramáticos peligros que amenazan a la democracia representativa, y poder completar la obra de independencia que dejaron planteada los próceres de la emancipación sesquicentaria. Esa independencia no puede considerarse asegurada con el simple hecho de declararnos nación soberana. Su cristalización será el resultado de una labor tesonera y eficaz por dar al pueblo aquellos dones que lo incorporen a una auténtica cultura política con igualdad de oportunidades: para dar curso al talento, campo a la energía espiritual y retribución a la voluntad creadora.

Y son decisivos estos momentos porque vivimos en una era en la que la planificación no es sólo una disciplina del hombre moderno, sino su lenguaje más característico, y en la cual todo se encuentra planificado: la tierra, el espacio, la vida ciudadana, el Estado mismo, la educación, y hasta cualquier zona del futuro donde pueda haber un enunciado social o económico. Pero en lo que respecta al hombre como tal, aún falta mucho por recorrer, y a pesar de las fuerzas reivindicadoras del nuevo humanismo, todavía continúa asomándose, casi impotente, en el espejo de su propia indigencia.

Ahora, cuando tanto se profundiza en los prometimientos del medio físico, en los recursos de la técnica y hasta en la armoniosa interdependencia de los diferentes países de nuestra región y del mundo entero, ¿podremos decir que tenemos una imagen real y auténtica del hombre colombiano? ¿Conocemos verdaderamente a ese hombre, nuestro prójimo y compatriota, justamente cuando otros hombres se disponen a sentar su planta en la desconocida superficie de la Luna?

La inspiración y el objetivo de un programa de gobierno, así como el motivo justificador de nuestros estudios e investigaciones, tiene que ser por fuerza el

hombre colombiano. El propósito fundamental de una política bien ordenada debe ser el de propiciar los cambios necesarios para hacer tránsito al desarrollo, comenzando por modificar las actitudes o ideas dictadas por la ignorancia, el oscurantismo o las condiciones adversas al progreso. La labor fundamental, al respecto, debe consistir en motivar el hombre para que se desempeñe con las posibilidades de su propio esfuerzo, para situarlo en las evidencias del siglo veinte, y dotarlo de elementos de lucha, en un medio cada vez más exigente. Este cambio no es sólo conveniente, es indispensable, si no queremos ver a estos países convertidos en perennes e indigentes súbditos de las naciones ricas.

El cambio vertiginoso en todos los órdenes de la dinámica científica, técnica y social del mundo, estimulado por la tremenda acumulación de conocimientos, con toda su secuela de beneficios y de males, es el signo de nuestro tiempo: Se calcula, que el conocimiento codificado se duplica cada diez años y que el noventa por ciento de los científicos de la historia universal están vivos actualmente. Ello significa que la distancia entre el cambio evolutivo y el cambio dirigido es cada vez más tenue. Se impone por lo tanto la necesidad vital de planear, dirigir y controlar dicho cambio en todas sus manifestaciones, porque de otra manera sobrevendrá el caos y la destrucción desatentada.

Las anteriores razones universales no pueden ser ajenas a la mentalidad ni a la realidad colombianas. El cúmulo de complejidad hacia el cual se desplaza el mundo exige una gran claridad en el ámbito de las ideas y procedimientos. El hombre colombiano no puede seguir siendo víctima de su confusión, de su negligencia y de su imprecisión en ideas, sentimientos y programas. Es urgente que cese su conformismo con la fatalidad y se dé cuenta que el destino no es un acaso, sino una meta de voluntades y una gran convocatoria de propósitos de superación.

Hablando del hombre como beneficiario de toda planificación, si bien la revolución francesa y la legislación inspirada por ella lograron convertirlo en un sujeto de garantías jurídico políticas, la preocupación dominante hoy en quienes tienen a su cargo el cuidado de la comunidad, es que ese sistema de garantías políticas debe ser fundamentalmente complementado con un conjunto ordenado de derechos y oportunidades económicas.

El hombre, en el concepto moderno de las ciencias que se ocupan de su estudio, sin dejar de ser un sujeto de derechos, es también, y de manera apremiante, un ser de necesidades fundamentales: pan, techo, escuela, vestido, empleo, seguridad contra la vejez y otras muchas que consagradas en textos de legislación positiva

deben ser materialmente satisfechas.

Hoy, es corriente afirmar que la mayor o menor eficacia de un orden social cualquiera, se aprecia por el grado en que estas necesidades humanas sean adecuada y moralmente atendidas. El día que podamos decir de Colombia que, además de ser un país de libertades, es una nación en la que impera la equidad económica, tendremos ante propios y extraños una imagen más acorde con el moderno derecho constitucional. Este logro implica una nítida determinación de objetivos y prioridades a la vez que una racional utilización de los recursos y una firme determinación de llegar a más altas metas.

Un pueblo afligido, casi que por temperamento, y expuesto a las más duras pruebas del trópico y del atraso cultural, debe comenzar por una aspiración a fines más elevados, con un mínimo de dignidad para alimentar una legítima alegría de la existencia.

Este empeño de superación no sólo se refiere al hombre sino que comprende también las instituciones por medio de las cuales se alcanzan, en forma de esfuerzo cooperativo y especializado, finalidades de clara utilidad colectiva que conllevan valores sustanciales para la vida misma de la nación. Es aquí donde la función política es insustituible e impostergable en la orientación y acaecimiento de este proceso de cambios.

Señalemos nítidamente el verdadero papel del político moderno, en medios como el nuestro: un político genuino no puede ser sólo un adalid partidista o el representante de determinados intereses económicos o sociales, y mucho menos el simple perito de la actividad electoral, así sea insospechable su lealtad a los programas y al servicio público. En estos días y en estas circunstancias el político debe ser el agente del cambio que supone el tránsito del subdesarrollo al desarrollo, y de la resignación con la ignorancia a una vida productiva y dinámica. El político, en definitiva, debe identificarse con su época, con su país y con el hombre que pretende representar.

La función política y el papel del político tienen que concebirse dentro del marco de la democracia integral, en cuanto a sistema de garantías y posibilidades, en el afán de asegurar la supervivencia de la libertad y de los valores fundamentales de la sociedad, sistema, así entendido, que ofrece además la ventaja de ser el único capaz de competir con el comunismo en la conducción del hombre y en el dominio de los recursos físicos y tecnológicos.

Esta democracia integral necesita disponer de clases diferentes cuya eficacia debe ser medida no sólo en términos del mayor o menor número de bienes y servicios que ponga a disposición de sus compatriotas, sino, de manera principal, en razón del bienestar de que gocen hombres y mujeres expresado en más oportunidades de movilidad socio-económica, mayor felicidad y seguridad en el trabajo, mejor educación y cabal satisfacción de sus necesidades básicas, alto control de su ambiente socio-físico, más fe, confianza y participación en el sistema económico y político, y, en fin, la tranquila certeza de poder guardar para su desarrollo y ahorro buena parte del fruto de su faena.

Sólo de este modo podrá el hombre colombiano sentirse absolutamente liberado del imperio de valores espurios, secuela cierta e indeseable de la confusión que genera el cambio y que se opone a sus necesidades y aspiraciones auténticas.

No hace un año tuvo lugar uno de los episodios más importantes y significativos de la historia de Colombia, cuyas consecuencias no sentimos aún con suficiente hondura si tenemos en cuenta la trascendencia y la energía de las doctrinas que en él se expusieron, tal vez opacadas pasajera por el fausto que envolvió su proclamación. En aquella ocasión nuestro católico país no sólo tuvo la fortuna de contar como su huésped al soberano pontífice, sino que alcanzó también el honor y el privilegio de que desde su territorio irradian al mundo entero, especialmente a las naciones latinoamericanas, consignas de verdad y superación, fórmulas de mayor operancia de la justicia social para una más adecuada posición del espíritu frente a los prodigiosos y desconcertantes progresos de la ciencia y de la técnica. En aquel inolvidable congreso, el santo padre expresó desde su cátedra ecuménica muchas de las ideas que enriquecen generosamente el programa de su pontificado. La palabra elocuente impresionó de modo inenarrable a quienes estuvimos pendientes de sus labios.

Cómo olvidar su oración emocionada a las muchedumbres campesinas reunidas en el campo de san José, en las cuales Paulo VI expresó que el problema de la inferioridad de las condiciones sociales y culturales, de la impaciencia por alcanzar una distribución más justa de los bienes y un puesto más equitativo dentro de la sociedad, se ha agravado considerablemente porque las gentes desvalidas han tomado conciencia de sus necesidades y de sus sufrimientos; la sustancia doctrinal de esos llamamientos y enseñanzas deben ser alimento de nuestros programas. En los textos papales quedó recogida en potente síntesis lo que deben ser la democracia política y la democracia económica en la América indoespañola.

En Colombia, como en pocos países de este continente, hemos contado con la tradicional fortuna de que las clases dirigentes, sea cual fuere la ardentía de las luchas en que a veces se han visto envueltas, siempre han dejado a salvo principios esenciales que debemos preservar, para una auténtica actividad republicana tales como el imperio de la ley, la sanción popular, el derecho a la oposición y la libertad de expresión.

No obstante movernos en un campo político enriquecido por el patrimonio que le han legado al país insignes valores de la inteligencia y de la moral, las dramáticas circunstancias del mundo contemporáneo hacen que sean difíciles el estudio y la solución de los problemas colombianos, principalmente los que deben resolverse desde las esferas legislativas y gubernamentales bajo la imperiosa necesidad de obrar y acertar.

Además de los formidables obstáculos que se advierten en el futuro de la nación inherentes a su proceso de desarrollo, se adivinan otros de carácter político, en especial aquellos que se refieren al ajuste del país a las circunstancias políticas y administrativas que tendrán su origen en la finalización del sistema del Frente Nacional. Sobre este particular cabe resaltar que el explicable y noble temor de regresar a gobiernos hegemónicos quedó conjurado en virtud de la reforma introducida a la constitución, que dispone dar participación adecuada y equitativa al partido mayoritario, distinto al del presidente de la república. Este texto, que salva el espíritu de la reforma plebiscitaria y hace posible que en adelante los gobiernos sean necesariamente compartidos, se debe a la inspiración patriótica y a la preocupación por despejar el futuro de Colombia, propias de un líder de las calidades de Mariano Ospina Pérez. Se trata de un mecanismo de paz y sosiego públicos, cuya operancia depende de la interpretación inicial que se dé a esta regla fundamental, y en el que los futuros gobernantes puedan encontrar, si proceden con inteligente y patriótica lealtad, una fecunda fuente de convivencia, concordia y progreso.

Nadie puede desconocer que en los últimos años se han hecho ingentes y bien dirigidos esfuerzos para acelerar el desarrollo económico y social, y para librar al país de graves crisis que pudieran haber comprometido la solidez de sus estructuras económicas. Pero nadie ignora, tampoco, que cada vez serán mas arduas y complejas las labores del gobierno, y que en la continuación de un movimiento de recuperación económica nos esperan difíciles días. Así mismo, los crecientes compromisos creados por la aproximación de una etapa más avanzada del proceso de desarrollo, imponen la concentración de incalculables recursos financieros y

administrativos, y, en la posición de mayor altura y más grande responsabilidad de la jerarquía republicana, temple y visión de auténtico estadista.

Esta consideración atañe directamente al Partido Conservador por corresponderle la dirección del gobierno de responsabilidad compartida, en el último período del régimen del Frente Nacional.

En el actual presidente de Colombia concurren, además de eximias virtudes, una inmensa capacidad de trabajo, una indiscutible competencia en el variado campo del estadista y un vigoroso carácter. Al conservatismo no le conviene por ningún aspecto un contraste desfavorable, y por ello tiene que procurar que el sucesor de Carlos Lleras Restrepo sea hombre ejemplar en el dinamismo, en la adecuada concepción de las soluciones impuestas por las necesidades inaplazables del país y en la posibilidad de dar a su administración un derrotero seguro, propio de un líder de gran solidez moral y voluntad de categóricas certidumbres. En síntesis, un experimentado político en el manejo de los hombres y los hechos.

Pero no se trata sólo de una confrontación de afectividades y de un balance para la historia. Un mandatario que no corresponda al momento histórico, no sólo ocasionará una mengua de prestigio a su partido y a su país, sino que puede precipitar un fenómeno semejante al del vacío de poder, vacío que, de sobrevenir, corre el riesgo de ser llenado por un tropel de fuerzas en desorden.

Si bien lo anterior conlleva un implícito y merecido elogio del presidente Lleras, expresa el mínimo de exigencias que debe cumplir el hombre que en 1970 tenga el honor de desempeñar el primer empleo de la república. No constituyen tales exigencias una mera preocupación del Partido Conservador; incumben también al Partido Liberal, irreversiblemente vinculado a la feliz culminación del Frente Nacional.

Este cálido y generoso homenaje, enaltecido por las bondadosas palabras que acabo de escuchar, tiene para mí un entrañable significado espiritual que obliga mi gratitud de manera perdurable. Y lo recibo no para mí sino para esta entrañable comarca de la patria, cuyos más insignes exponentes me hacen esta noche el singular honor de acompañarme. En ella tuve la suerte de haber nacido y a ella debo lo que soy.

El doctor Gómez Martínez ha extremado nuevamente su bondad conmigo, y en sus conceptos ratifica ser el exponente de la hidalguía antioqueña, que con el

sentido integral de la familia y el ímpetu de lo porvenir, es modalidad inconfundible de esa ejemplar provincia de Colombia.

Por estar en la Costa Atlántica entre colombianos de todas las regiones, me siento en una circunstancia nacional.

Sin asumir funciones de sociólogo y desechando la tentación de las estadísticas, quiero aludir a dos hechos sobremanera significativos: la vocación nacional de la Costa y su temperamento republicano. Seguramente, los concurrentes asociarán a lo primero la imagen egregia de Rafael Núñez, artífice de la unidad nacional y exponente de cuanto siente y piensa de Colombia esta tierra que yo vi nacer. Se refiere lo segundo al carácter ejemplar de los costeños en punto de convivencia, pues antes de que el Frente Nacional se estableciera, ya existía aquí, casi que de modo temperamental. Es por esto que al hablar de las regiones que nuestro mar océano ha signado con un destino común, lo hago con alegría. En una zona como esta, en donde la paz no es un fenómeno, ni una circunstancia episódica, sino un modo de ser esencial y, más que todo, una arraigada costumbre, el sistema constitucional que convoca a la armonía de los colombianos no representa novedad para nosotros: apenas si equivale a sentir lo sentido y realizar lo realizado.

Queremos integrar a la Costa Atlántica, de la misma manera que pueden y deben integrarse las otras regiones del país que están ligadas por elementos comunes que lo justifiquen. Y al hablar de la integración de la Costa en modo alguno nos anima un sentimiento autárquico ni un espíritu de regionalismo equívoco. Sólo tratamos de cumplir con un deber para con nuestras gentes con miras a fortalecer los elementos geográficos, socio-culturales, económicos y políticos que nos son afines, y a través de ellos iniciar la defensa ordenada y firme de sus intereses y de las obras que la Costa está reclamando. Seremos un episodio de la voluntad creadora del país, que empezará por resolver los problemas de infraestructura que con más apremio nos están agobiando.

No quiere esto decir que trataremos de establecer una zona de la patria ajena a la entrañable unidad que nos liga y nos ligará siempre a la historia de Colombia. La Costa Atlántica es representativa de una nación integrada por regiones y aspiraciones seccionales que confluyen en un ideal común.

Sea este extraordinario homenaje la feliz oportunidad para decir con tranquila firmeza fraternal que la Costa Atlántica, como cualquier otra comarca de la patria, tiene la responsabilidad y el deber de intervenir en los destinos de Colombia.